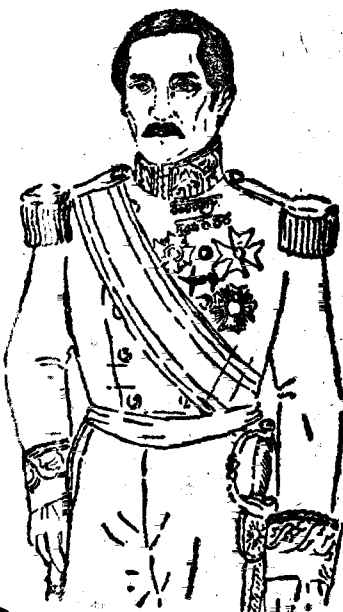


monumento en Pamplona

D. Santos Ladrón de Cegama



Don Santos Ladrón de Cegama, primer caudillo de Navarra en las luchas civiles.

En un artículo publicado en el último número de «Pregón» llamo la atención sobre la figura, injustamente olvidada, del General navarro don Santos Ladrón de Cegama, primer jefe militar de las guerras civiles.

Señalamos allí el hecho un tanto extraño de que, habiendo sido Navarra el núcleo central de las contiendas civiles del siglo pasado y la principal abanderada de la causa católico-monárquica, el caudillo realista universalmente conocido—Zumalacárregui—no fuese navarro, sino guipuzcoano, y faltase una figura navarra capaz de comparársele.

Decíamos también que la primera lucha civil por motivos religioso-políticos no fué, como se cree, la guerra carlista de los Siete Años sino la llamada «realista» o «de la Constitución», que tiene lugar durante el reinado de Fernando VII cuando la sublevación de Riego en 1820 impone al Rey la Constitución liberal de 1812, y los realistas toman las armas para salvar a su Soberano y a la patria de lo que consideraban «una facción impía y revolucionaria». La guerra se desarrolla principalmente en Cataluña y Navarra, pero sólo aquí logran los realistas mantenerse y aun dominar la situación, hasta el final victorioso por la entrada en España—a petición del monarca y de los realistas—de los Cien Mil Hijos de San Luis, que liberan al Rey y le reponen en sus antiguos poderes.

La importancia histórica de esta guerra—casi olvidada hoy—es doble. De una parte, sirve para patentizar el carácter religioso-político que fué móvil primario en todas nuestras luchas del siglo XIX, aunque tantas veces se hayan pretendido atribuir a la sola cuestión dinástica: en ella ambos bandos reconocen a Fernando VII—no hay pleito dinástico—, y, sin embargo, ardía ya la guerra civil en nuestra patria. De otra parte, sirve de enlace clarísimo entre las guerras de la Independencia y la carlista: Sus autores—participes a veces de las tres—se consideran siempre al servicio de la misma Causa: la lucha contra el «sistema revolucio-

nario» que venía a destruir «la fé de sus antepasados y su monarquía primera».

Pero todo esto lo dejaremos para quienes lean el aludido artículo de «Pregón» o el libro que sobre este período—pórtico y clave de nuestras contiendas civiles—proyecto publicar en breve.

Aquí solo quiero destacar que el caudillo indiscutible de aquella primera guerra fué el entonces coronel Ladrón de Cegama, y que, al serlo, fué la primera figura cronológica de nuestras luchas civiles.

Don Santos había participado ya en la Independencia, en la que fué uno de los más señalados guerrilleros navarros y alcanzó el grado de Tte. Coronel. Retirado en su casa de Lumbier al advenimiento del régimen constitucional (1820), es uno de los primeros iniciadores del levantamiento y, aunque en la primera parte de la campaña figurase como General del Ejército realista don Vicente Jenaro Quesada, es don Santos quien realmente entusiasma a los voluntarios y el jefe único desde que Quesada abandona el mando y regresa a Francia. Su arrojo personal, que salva la situación en mil ocasiones, sus dotes de mando, y la gran victoria final de Barrasoña—por él dirigida—le acreditan de gran estratega y audacísimo jefe.

Su nombre llena toda una época de Navarra: Victoriosas sus armas en 1823, durante los diez años siguientes, Gobernador Militar de Navarra y el ídolo del pueblo realista que entonces constituía la inmensa mayoría de la población. Por fin, cuando a la muerte del Rey (1833) los realistas se ven en el trance de empuñar de nuevo las armas o someterse a un nuevo gobierno liberal, es don Santos el primero en sublevarse por Don Carlos al frente de sus antiguos voluntarios.

Por causas misteriosas, aún desconocidas (un atentado probablemente) el hasta entonces invencible Brigadier no reacciona normalmente ante la presencia del enemigo en el primer encuentro, sino que, en un estado de pasividad o letargo mortal, se deja coger prisionero y conducir a Pamplona. Su fusilamiento, pocos días después, en el foso de

la Ciudadela consternó a toda Navarra y prendió la llama de la sublevación carlista por todas partes. Ello fué también el acontecimiento último que decidió a Zumalacárregui—que había luchado a sus órdenes en la guerra realista—a tomar las armas por Carlos V.

En orden de 17 de julio de 1834, Don Carlos María Isidro dispuso que don Santos Ladrón de Cegama—primer General carlista—figurase como Capitán General en la Guía Oficial del Estado y que se erigiera a su memoria un monumento en la plaza principal de Pamplona.

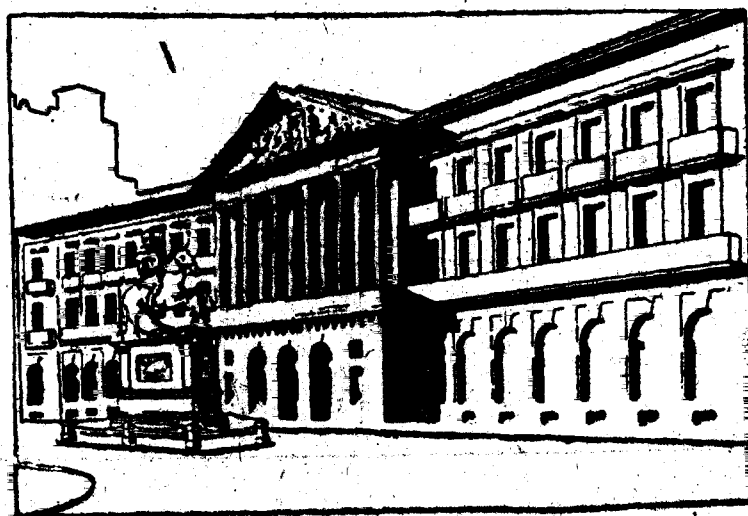
Recientemente se ha discutido en la prensa local el tema de los monumentos que tanto la categoría histórica como la amplitud urbanística de Pamplona requieren.

¿No sería oportuno hoy, cuando, al cabo de más de un siglo, puede afirmarse en algún sentido que triunfaron las armas que don Santos empuñó y la Causa por la que murió, dar cumplimiento a la orden de Carlos V, aquél primer y gran Rey de la resistencia española?

Si Navarra es consiente de su significación histórica y de la idea que con su adscripción entusiasta al Carlismo ha ofrecido al mundo contemporáneo, no dudará en simbolizar su epopeya moderna en don Santos Ladrón de Cegama, primer caudillo de la causa realista, navarro y mártir de la Causa, erigiéndole una estatua ecuestre en el comienzo de la Avda. de Carlos III, por ejemplo, esa Avenida que parte de la «plaza principal de Pamplona» y termina en el monumento a los Mártires del Santo Ideal.

Ese lugar—sobre todo desde que se suprimió el boulevard delante del Palacio Foral—está exigiendo un centro. Muchas veces se ha señalado esto en la prensa. Fácil es de ver, por otra parte, que nada encajaría tan bien como una estatua ecuestre. El proyecto parece, pues, recomendarse por sí mismo desde un punto de vista arquitectónico y urbanístico. Los hechos, por otra parte, están ya a la suficiente distancia como para que se pueda considerar la obra de un grupo sino el homenaje a una auténtica gloria nacional.

Rafael GAMBRA.



El dibujante ha plasmado la idea que nuestro distinguido colaborador expone en este artículo, sobre el posible emplazamiento del monumento al insigne don Santos Ladrón de Cegama